

ISBN 978-950-33-1657-3

Compilación de:
JUAN M. CONFORTE
NATALIA LORIO

La vía de lo inútil. Aportes para una revolución improductiva

La vía de lo inútil

Aportes para una revolución improductiva

Compilación de:

Juan M. Conforte

Natalia Lorio

**Colecciones
del CIFFyH**



La vía de lo inútil : aportes para una revolución improductiva / Fabián Fajnwaks ... [et al.];
compilación de Juan Manuel Conforte; Natalia Lorio; ilustrado por Santiago Caruso. - 1a ed.
- Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1657-3

1. Psicoanálisis. 2. Filosofía Contemporánea. I. Fajnwaks, Fabián. II. Conforte, Juan Manuel,
comp. III. Lorio, Natalia, comp. IV. Caruso, Santiago, ilus.

CDD 150.19501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Detalle de la obra *Lies Beneath* (2012) de Santiago Caruso

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Lo impertinente de lo inútil

Jean Luis Hourgras*

*Lo teórico es necesario (v. gr. las teorías del lenguaje), necesario e inútil.
Maurice Blanchot, La escritura del desastre.*

*No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil.
Jorge Luis Borges, Pierre Menard, autor del Quijote.*

El psicoanálisis puede ser un refugio ante los imperativos de utilidad y productividad que la época proclama. Una sesión psicoanalítica podría ser entonces, un paréntesis al infernal sentido común colectivo. Creemos que eso que el discurso corriente deja de lado por considerarlo un estorbo al propósito de la producción es algo a descifrar; es por ello que el discurso psicoanalítico recoge esos restos, que no son útiles al capital, a saber: un lapsus, un chiste, un sueño, olvidos y fundamentalmente el escollo que representa el síntoma. En la sesión analítica se abrirá un espacio en donde se dignifique aquello que no puede ser absorbido por el paradigma de la utilidad. Hay un resto singular imposible de asimilar, resto que se irá bordeando en el transcurso de un análisis.

Por tanto, es la figura del psicoanalista quien tendrá como principio ético alojar en su dispositivo dichos restos inútiles, poniéndolos al servicio del trabajo analítico; no para lograr un sujeto con una mayor productividad en pos de mejorar su rendimiento en el mundo del trabajo, sino con el horizonte de poder modificar la relación que el sujeto tiene con dicho resto.

El psicoanalista mismo es una incomodidad para el discurso capitalista, puesto que no puede terminar de absorberlo para una producción en masa. El analista es producto de su propio análisis y éste apunta fundamentalmente al respeto máximo por la singularidad de cada caso. Así, el acto del psicoanalista, como su devenir, nunca podrán ser estandarizados por ningún protocolo.

* Integrante del grupo de investigación "Psicoanálisis y Filosofía/Filosofía y Psicoanálisis: encuentros, influencias y discusiones", (CIFYH).

Correo electrónico: juanluishourgras@gmail.com



Antoine Compagnon (2020), en su libro *La segunda mano o el trabajo de la cita*, hace referencia a un hombre que, al efectuar la lectura por las noches, lee con una tijera en la mano y corta todos los fragmentos del libro que no le gustan. Dice que su biblioteca está compuesta por libros que están todos incompletos. “Leo con las tijeras, ya me disculparán, y corto todo lo que no me gusta” (p.34).

Este ejemplo nos enseña que, en un mismo movimiento, este buen hombre se deshace de lo que sobra y lo descarta, y a la vez con lo que queda crea algo nuevo, un nuevo objeto, a saber, un libro incompleto que es en sí mismo un resto, lo que queda de lo que se descartó.

Solamente ha quedado lo que el Sr. de las tijeras considera de su agrado: lecturas que nunca le disgustan, por lo tanto, ese acto de reducir, y cortar, no deja de estar cargado de placer.

Si hay un discurso que pudo dignificar los restos que el ser humano produce, ha sido el discurso psicoanalítico. El camino abierto por Freud ubicó aquello que el discurso dominante de su época dejaba de lado, empezó interesándose por los sueños, luego por los olvidos, por los lapsus, los actos fallidos, el chiste y fundamentalmente por el síntoma. ¿Quién hubiese pensado que todas esas formaciones del inconsciente podrían ser alojadas en algún discurso?

No hay dudas de que la teoría psicoanalítica marcó a la civilización de fines del siglo XIX; el acontecimiento Freud no pasó inadvertido. Podríamos decir que el fundamento teórico y práctico del psicoanálisis se sustenta en reconocer a la muerte, la sexualidad y el lenguaje como algo traumático para los seres hablantes. El encuentro del cuerpo con el lenguaje deja su marca, y cada quien tiene la suya; por lo que la respuesta a ese encuentro, siempre fallido, orientará la cura de quienes consultan a un psicoanalista.

Sin embargo, más allá de las contribuciones a la cultura que el psicoanálisis produjo, el invento más importante de Freud fue la figura del psicoanalista, ya que el psicoanálisis no precede al psicoanalista, sino que, a la inversa, sin psicoanalistas no habría psicoanálisis.

De la lectura del síntoma

Freud en el año 1917 publica *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en las cuales hace una suerte de recapitulación de la teoría psicoanalítica

hasta la fecha. Para el presente trabajo se tomarán las conferencias XVII, “El sentido de los síntomas” y la XXIII, “Vías de formación de síntomas”.

En la conferencia XVII, “El sentido de los síntomas”, tal como lo indica su nombre, Freud plantea que todo síntoma posee un sentido, y por tanto, si hay sentido es porque es interpretable. Los síntomas están relacionados a la vida íntima del sujeto, hay desplazamientos de los síntomas desde su origen a una forma alejada, distorsionada y diferente.

Es claro que hay nominaciones de síntomas universales como depresión, duelo, agotamiento, insomnio, autismo, el etcétera es tan largo como la nominación de cada enfermedad; sin embargo, las causas que originaron los mismos son siempre singulares. Hay goce en el sentido del síntoma, ya que aunque el sentido puede ser compartido, la carga libidinal que se le imprime es siempre propia del sujeto.

En la conferencia XXIII, “Vías de formación de síntomas”, Freud describe al síntoma como algo que genera displacer, genera un gasto de energía e incapacita a la persona para realizar otra actividad. El síntoma es percibido entonces como una molestia, se puede reconocer como algo propio; y hay una queja por el mismo.

Pero para que haya síntoma es necesario que exista conflicto entre la energía del aparato psíquico (libido) y el Yo. La libido insatisfecha busca un nuevo modo de satisfacción. De esta manera, se alcanza una vía sustituta para dicha satisfacción y aparece un síntoma como un producto deformado de las realizaciones inconscientes + satisfacción libidinosa.

El síntoma puede ser entendido como un sentido reprimido, como un enigma y es inconsciente: hay un sentido que se quiere expresar, y como no lo logra aparece el síntoma, tal como lo dice Freud: “la formación del síntoma es un sustituto de algo diverso, que está interceptado” (1991a, p. 256); de ello se desprende que el síntoma sea una formación de compromiso, hay un nexo entre la satisfacción del goce y la defensa. Se obtiene satisfacción y se defiende de la misma.

El aparato psíquico freudiano se rige por el principio básico denominado principio del placer, que es un principio regulador de las excitaciones. Su función es intentar mantener lo más bajo posible el nivel de estímulo del aparato, es decir, mantener el equilibrio homeostático, pero al haber un exceso de placer, el aparato se defiende del mismo creando un síntoma, es decir que el síntoma no se produce por algo desagradable, sino

por un exceso de excitación. El síntoma es el resultado de ese mecanismo puesto al servicio de un hacer con ese exceso de energía.

Así una primera satisfacción inicial, imposible de ser realizada por el aparato, es sustituida por una segunda satisfacción distorsionada y desplazada, dando lugar a la emergencia del síntoma; sin embargo, esta satisfacción sustituta es tan buena como la original. En este sentido, Georges Bataille (2009) plantea que “el hombre está, desde siempre, *en la búsqueda de una intimidad perdida*” (p.75).

Es importante poder ubicar que en los síntomas hay siempre un componente de satisfacción, aun cuando la misma vaya en detrimento del sujeto o lo imposibilite a realizar alguna actividad. Es por ello que la libido siempre se satisface, no importa el objeto; la satisfacción se obtiene cueste lo que le cueste, por ello Freud en otro lugar dice:

[...] una tendencia general de nuestro aparato anímico, que puede reconducirse al principio económico del ahorro de gasto, parece exteriorizarse en la pertinacia del aferrarse a las fuentes de placer de que se dispone y en la dificultad con que se renuncia a ellas. (1999b, p. 22)

Un psicoanálisis sirve para disminuir el precio de sufrimiento que se debe pagar para acceder a la satisfacción pulsional, no se trata de resolver el conflicto, sino de obtener un nuevo arreglo, un funcionamiento menos costoso para el sujeto.

Es por ello que decimos que la clínica en Freud es una clínica del conflicto, los síntomas y su mecanismo de formación dan cuenta de ello. Pero con Lacan decimos que el sujeto siempre es feliz porque encuentra un nuevo modo o modalidad de goce (sustituto del original), un arreglo artificial en comparación con lo real de la satisfacción

[...] la diferencia, Freud la pesa en un rincón de *El malestar en la cultura*. Sublimen todo lo que quieran, hay que pagarlo con algo. Ese algo se llama el goce. Esa operación mística la pago con una libra de carne. Este es el objeto, el bien, que se paga por la satisfacción del deseo. (Lacan, 2011, p. 382-383).

El síntoma no es algo nuevo para el sujeto, sino que es un retorno, es un hecho de la compulsión a la repetición freudiana; lo reprimido de lo consciente retorna de manera distorsionada por vía del inconsciente.

Otras manifestaciones del inconsciente son los chistes, los lapsus, los olvidos, los sueños, todos ellos tienen la particularidad de ser fulgurantes, breves; en cambio, el síntoma es algo constante y se caracteriza por la repetición.

Por lo tanto para que haya un psicoanálisis es necesario que haya pulsión (libido) y repetición (síntoma), son elementos fijos. Mientras que el inconsciente (que se abre o se cierra como en un lapsus) y la transferencia (que opera o no opera) serán elementos contingentes.

Del objeto

Siempre que alguien acude a un psicoanalista es porque en su camino ha tropezado, ha trastabillado con una piedra, o como bien se dice, con un hueso duro de roer. Sabemos esto ya que en la experiencia de un análisis la “palabra girará en torno de ese hueso, en espiral, circunscribiéndolo más y más cerca hasta esculpir, si así puedo decir, ese hueso” (Miller, 1998, p. 20). A este hueso Lacan lo ha denominado objeto *a* y es una piedra que hay en el camino de la palabra, es una especie de piedra que hay en el cuerpo.

Lo sorprendente para el analizante es la repetición que aparece en el encuentro con esa piedra; se asombra de lo que se repite.

¿Por qué esta pieza, este objeto *a* es tan importante para el psicoanálisis?, ¿por qué designar a este objeto con una letra? Lacan dice:

Tal notación algébrica tiene su función. Es como un hilo destinado a permitirnos reconocer la identidad del objeto en las diversas incidencias en las que se nos manifiesta. La notación algébrica tiene precisamente la finalidad de darnos una localización pura de la identidad, ya que hemos planteado que la localización mediante una palabra es siempre metafórica (2020, p. 98).

Nótese que Lacan define al objeto *a* utilizando la notación algebraica dándole una dimensión pura de la identidad, es decir que ese objeto es igual a sí mismo, haciendo que ese objeto *a* sea lo más singular de alguien.

De esta manera Lacan dota al objeto *a* de la máxima diferencia con respecto a un objeto simbólico que se maneja por las leyes del significante, a saber, que un significante se define por oposición a otro significante y por lo tanto nunca un significante podría tener una identidad pura; el objeto *a* también se diferencia de un objeto imaginario, sensible a la intuición, o de

un objeto empírico a la percepción de los sentidos. El objeto *a* va más allá de lo simbólico y lo imaginario.

Este objeto *a* es lo que cae como resto en el cruce, en el impacto que ocurre entre el viviente y el lenguaje, pero queda en una relación de exterioridad, tal como la define Lacan, de una exterioridad íntima, y ubica al objeto *a* como siendo la causa del deseo.

Ahora bien, si el objeto *a* no tiene representación simbólica, entonces, ¿de qué manera es posible su extracción, su reducción en la experiencia de un análisis?

El valor de las palabras siempre fue fundamental para el psicoanálisis desde que Freud ubicó que las mismas están cargadas de un sentido oculto a descubrir tal como se ha venido desarrollado en el presente trabajo; por lo tanto, esa premisa no solo vale para el analizante, sino también para el analista que ya ha hecho una experiencia de análisis. “Digo en alguna parte que el analista tiene que pagar algo para sostener su función. Paga con palabras -sus interpretaciones. Paga con su persona [...] es necesario que pague con un juicio en lo concerniente a su acción. Esta es una exigencia mínima. El análisis es un juicio” (Lacan, 2011, p. 347).

La ética de un análisis es un juicio, y al definirlo de esta manera se nos plantea que no es algo automático, ni que se pueda estandarizar en ningún manual de uso, sino que cada vez se debe hacer un juicio con respecto al acto a realizar. Es por ello que Lacan (2011) plantea que

[...] la ética consiste esencialmente [...] en un juicio sobre nuestra acción
[...] Si hay una ética del psicoanálisis -la pregunta se formula-, es en la medida en que de alguna manera, por mínima que sea, el análisis aporta algo que se plantea como medida de nuestra acción. (p. 370)

Por tanto la ética se ubica en la articulación del deseo con nuestra propia acción. Esta es la regla fundamental de dignidad que otorga el psicoanálisis al caso por caso: no hay ningún caso igual a otro, de esta manera el psicoanálisis nunca podrá ser protocolizado ni absorbido por un discurso universal, ya que apunta siempre a lo singular.

Pero para poder sostener su posición, el analista debe haber podido ubicar y sacrificar su parte inútil, su *parte maldita*, ya que tal como propone Georges Bataille en *La noción del gasto*,

En el sentido etimológico del término, el sacrificio no es otra cosa que la producción de cosas *sagradas*.

Desde un principio, se advierte que las cosas sagradas se constituyen mediante una operación de pérdida (2003, p. 115)

El sacrificio fundamentalmente se entiende como separar una parte, en el caso de un análisis sería desacoplar ese resto, ese objeto que estaba articulado produciendo una satisfacción mortificante para el sujeto.

El sentido de esta profunda libertad se da en la destrucción, cuya esencia es la de consumir *sin provecho* aquello que podría permanecer en el encadenamiento de las obras útiles. El sacrificio destruye lo que consagra. No está obligado a destruir como el fuego; sólo está roto el lazo que unía la ofrenda con el mundo de la actividad provechosa, pero esta separación tiene el sentido de un consumo definitivo; la ofrenda consagrada no puede ser devuelta al orden *real* (Bataille, 2009, p. 75).

In-útil

Cuando Georges Bataille dice en *La noción del gasto*: “no existe un medio correcto, dado el conjunto más o menos divergente de las concepciones actuales, que permita definir lo que es útil para los hombres” (2003, p. 110), podemos recordar lo expuesto sobre el síntoma: ¿acaso hay algo más inútil que un síntoma para el imperativo de la productividad, el rendimiento y la máxima ganancia en torno al capitalismo?

Tal como lo hemos desarrollado el síntoma es un escollo al rendimiento ya que produce malestar, un malestar que se fundamenta en una pérdida monumental de energía; tal y como Bataille (2009) se interroga

¿qué hacer con la ebullición de energía que subsiste? *Perderla*, evidentemente, no es *utilizarla*. Se trata, a pesar de esto, de una sangría, de una pura y simple pérdida, *que tiene lugar de todos modos*: desde el principio, el excedente de energía si no sirve al crecimiento se pierde. Por consiguiente, esta pérdida inevitable no puede bajo ningún aspecto pasar por útil. No se trata más que una pérdida agradable, preferible a otra desagradable: se trata del *placer*, no ya de la utilidad. Sin embargo, sus consecuencias son decisivas. (p. 45)



Respecto a dicho gasto, Freud dice que no hay en la vida nada más costoso que la enfermedad y... la estupidez, por tanto el síntoma, sin ser tratado por el discurso analítico tiene un elevadísimo costo para el sujeto, este exceso es correlativo a lo que explica Georges Bataille (2009) cuando habla de la ley general de la economía: “el conjunto [de] una sociedad produce siempre más de lo que le es necesario para su subsistencia, dispone de un excedente. Es precisamente el uso que se hace de él el que la determina: el excedente es la causa de la agitación, de los cambios de estructura y de toda la historia.” (p. 124)

En una carta a James Putnam, fechada el 26 de enero de 1916, Sigmund Freud dice: “Largo *Otium cum dignitate et estudio*”¹, esta frase orienta la apuesta analítica: lograr un invento y uso de algo paradójicamente inútil: *otium*. El valor del ocio radica en su inutilidad productiva, o como plantea Byung-Chul Han (2015):

El *skhole* griego no tiene mucho que ver con el «ocio» o el «tiempo libre» en el sentido actual. Es un estado de libertad, ajeno a la determinación y la necesidad, que no genera esfuerzos ni preocupaciones. El trabajo, en cambio, roba la libertad, puesto que está sujeto a las necesidades de la vida. A diferencia del ocio, no reposa en sí mismo, sino que está entregado a producir lo útil y necesario [...] Aristóteles divide la vida en dos terrenos: el de la falta de ocio como ocupación (*a-skholia*) y el ocio (*skhole*), es decir, el de la falta de tranquilidad y el de la tranquilidad. El trabajo como falta de tranquilidad, como falta de libertad debe someterse al ocio (p. 123-124).

Es así que pensamos al trabajo como un *negotium*, el cual se rige por las leyes de intercambio de mercadería, productividad y ganancia negando así el *otium*.

Aunque tampoco debe confundirse el *otium* como un no hacer nada, —la comprensión antigua del ocio se basa en una concepción del ser que, para el hombre actual, para un mundo completamente absorbido por el trabajo, la eficiencia y la productividad, resulta inaccesible e incomprensible. La cultura antigua del ocio señala, vista en perspectiva, que es posible un mundo distinto al actual, “la ociosidad, [...] tiene sobre la actividad productiva, [...] la ventaja de consumir sin contrapartida —sin beneficios los recursos que utiliza: sencillamente nos *agrada*, responde a una *elección* que hacemos sin *necesidad*.” (Bataille, 2009, p.136)

¹ Remitimos a Revista *Exordio*, 2017, p. 20.

Desde la lógica del capital, la productividad y el rendimiento, interesa que las cosas marchen. En esta línea, el discurso del amo con su imperativo de utilidad marca sin pausa el ritmo de esta marcha, “*continúen trabajando. Que el trabajo no se detenga. [...] -Que quede bien claro que en caso alguno es una ocasión para manifestar el más mínimo deseo [...] -En cuanto a los deseos, pueden ustedes esperar sentados. Que esperen.*” (Lacan, 2011, p. 375). El discurso universal rechaza lo que tenga que ver con el orden singular del deseo, no admitiendo pérdida sin un destino de utilidad.

Lacan (2011) no niega que exista el servicio de los bienes, de hecho es evidente que eso marcha ya por sí mismo en el mundo, sin embargo, “en esta lógica subvertida que propone al psicoanálisis lo que el analista tiene para dar [...] no es más que su deseo, al igual que el analizado, haciendo la salvedad de que es un deseo advertido.” (p. 358)

En definitiva, ¿para qué sirve una sesión de psicoanálisis? Fundamentalmente opera como un paréntesis, un lugar en donde alguien narra su historia, en donde la historia de un sujeto merece ser dicha. En este sentido, Miller (2016) da una orientación al decir que aunque no se sabe para qué sirve una sesión de psicoanálisis, afirma: “una sesión de análisis es siempre un esfuerzo de poesía, un espacio de poesía que el sujeto se reserva en medio de una existencia, la suya, que está determinada, gobernada, por la utilidad directa –hoy en día, ésa es la situación de todos” (p. 160), entonces el psicoanálisis es una apuesta a la utilidad indirecta.

Así y todo, debe haber un consentimiento por parte del sujeto a la oferta que hace el analista, debe dejarse perturbar las defensas y las resistencias. El analizante debe consentir a la falla que lo habita, y en este punto podría decirse que hay similitudes entre el Sr. de las tijeras y un analista, ya que el analista también corta (las sesiones), reduce (el sentido), y extrae en su dispositivo de lectura del síntoma aquello más singular.

Por supuesto siempre queda un resto, y el sujeto se las tendrá que arreglar para inventar una nueva forma de uso y de relación con su objeto, para ello la poesía es la vía regia ya que como expresa Bataille en *La noción del gasto*

El término de poesía, que se aplica a las formas menos degradadas, menos intelectualizadas de la expresión de un estado de pérdida, puede ser considerado como sinónimo de gasto; significa, en efecto, de la forma más precisa, creación por medio de la pérdida. Su sentido es entonces cercano al de *sacrificio* [...] Resulta más fácil indicar que para los escasos seres hu-

manos que disponen de ese elemento, el gasto poético deja de ser simbólico en sus consecuencias: de modo que en alguna medida la función de representación compromete la vida misma de quien la asume. (2003, p. 117)

El esfuerzo de poesía al que un análisis invita no se puede poner a cuenta de otro, se asume a título personal. Y si decimos que es un esfuerzo, es en la medida en que no está hecho de antemano, es algo siempre a inventar, vez a vez, deberá ser creado.

Para transitar el trayecto analítico hay que estar dispuesto a recorrer el camino de la palabra, tener el coraje de asumir la castración que nos determina como seres hablantes, para obtener algo que va a pura pérdida, un deseo inútil. Dicho deseo no es otra cosa que un deseo de desear, la causa que hace de los restos una salida posible.

Bibliografía

Bataille, G. (2009). *La parte maldita y apuntes inéditos*. Bs. As.: Las cuarenta.

Bataille, G. (2003), La noción del gasto. En *La conjuración sagrada*. Bs. As.: Adriana Hidalgo.

Compagnon, A. (2020). *La segunda mano o el trabajo de la cita*. Barcelona: Acantilado.

Freud, S. (1991a). *Obras completas Volumen 16 (1916 – 17). Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)*. Bs. As.: Amorrortu editores

Freud, S. (1991b). *Obras completas Volumen 12 (1911 – 13). Formulación sobre los dos principios del acontecer psíquico*. Bs. As.: Amorrortu editores.

Han, B.-C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Bs. As.: Herder.

Lacan J. (2011). *El seminario 7, La ética del psicoanálisis*. Bs. As.: Paidós.

Lacan J. (2020). *El seminario 10, La angustia*. Bs. As.: Paidós.

Miller, J.-A. (1998). *El hueso de un análisis*. Bs.As.: Tres haches.

Miller, J.-A. (2016). *Un esfuerzo de poesía*. Bs. As.: Paidós

Revista Exordio N° 9 (2017). *El valor del número*. Córdoba: CIEC.

